

NACIONES



UNIDAS

ASAMBLEA GENERAL

SEGUNDO PERIODO DE SESIONES, 1947

ACTAS TAQUIGRAFICAS DE LAS SESIONES PLENARIAS

80a. SESION PLENARIA

*Celebrada en Flushing Meadow, Nueva York,
el martes 16 de septiembre de 1947, a las 11 horas*

Presidente Provisional: Sr. O. ARANHA (Brasil).

1. Apertura del segundo período de sesiones

El PRESIDENTE PROVISIONAL (*traducido del inglés*): Declaro abierto el segundo período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

El mundo aguardaba este período de sesiones con ansiedad. Nosotros, que somos directamente responsables de la solución de los problemas internacionales también hemos sentido que esta reunión era necesaria para disipar los recelos y perplejidades que reinan en el mundo y que nosotros compartimos como particulares y como representantes de nuestros pueblos.

La verdad es que las Naciones Unidas han podido hacer muy poco desde el último período de sesiones de la Asamblea General. En consecuencia, nuestra tarea es actualmente una tarea de definición. El programa contiene un gran número de temas, pero todos ellos se relacionan con la cuestión de si el camino elegido ha de conducir a la paz o a un conflicto. Nuestro verdadero programa es un programa moral. Nuestro pacto no es sólo un pacto entre naciones, sino un pacto que implica el destino de las naciones. Es aquí donde el mundo organizará la paz o apresurará el comienzo de la guerra. El momento es crítico, como lo son todos los momentos llenos de duda y de desilusión.

Han transcurrido más de dos años desde el fin de la guerra, pero todavía no hemos logrado una paz verdadera. Los grandes conflictos son seguidos inevitablemente por una era de reconciliación. Como la enfermedad acentúa por contraste las ventajas de la salud, la guerra aporta un solo beneficio, cuando aprendemos a odiarla y a amar más la paz. De la guerra nace un combate espiritual y el destino pierde a quienes se niegan a aprender con la experiencia de la tempestad. Sin embargo, la voluntad debe continuar siendo humana, so pena de contradecir la vida en todo lo que le es esencial al negar su propia existencia.

El mundo totalitario se hundió porque tuvo la osadía de afrentar la libertad de la conciencia

humana. Las conquistas espirituales no pueden ser alteradas por la fuerza material. Puesto que la guerra pasada fué de todos los pueblos y hasta de todas las criaturas, ya que nadie pudo librarse de sus efectos, los fundamentos de la paz que ha de sobrevenir habrán de descansar sobre un acuerdo universal.

Nosotros comprendemos que este acuerdo no puede ser logrado en un día, ni siquiera como una consecuencia inmediata de la cesación de las hostilidades. Sin embargo, sería absurdo negar que no se ha aprovechado bien el tiempo para consolidar las aspiraciones pacíficas y las necesidades de los pueblos. Las adquisiciones pacíficas son lentas, como toda obra destinada a perdurar. Sin embargo, ningún retraso puede justificarse.

A fin de mantener la paz cuando los pueblos están volviendo a creer en la guerra, esta Organización debe superar ciertas dificultades momentáneas, del mismo modo que sus Miembros lograron la victoria cuando la derrota parecía inminente. Debemos creer en el poder superior de la razón y la inteligencia de los pueblos y de sus Gobiernos, después de esta experiencia de la que tenemos que sacar enseñanzas, si no deseamos perecer. Esta Organización se propone realizar la paz mediante la conciliación de las responsabilidades comunes de los vencedores y la subordinación, consciente y justa, de los vencidos a un orden internacional creado por la Carta de las Naciones Unidas.

Nuestro propósito aquí es aprovechar la experiencia adquirida y evitar los errores y el mal, a fin de facilitar pacíficamente el mejoramiento moral y material de todos los pueblos. Esta tarea será imposible si nos negamos a deducir las enseñanzas de la última guerra, aun más que de todas las anteriores, y si no tomamos la decisión de proscribir este flagelo de la vida de los pueblos.

No basta con proscribir el uso de armas tales como el gas, las bombas atómicas y los medios de destrucción en masa. Debemos condenar no sólo las armas, sino el pensamiento mismo de la guerra, junto con toda idea de poner las con-

quistas pacíficas de la ciencia al servicio de la guerra y la destrucción, en vez de hacerlas servir al bienestar de los pueblos. El advenimiento de la razón significará el advenimiento de la paz; la paz no puede basarse en la fuerza sino en las ideas, puesto que son las ideas las que han llevado al empleo de las armas.

El mundo que deseamos preservar es un mundo basado en la persuasión. Este poderoso instrumento ha permitido la armonía entre las razas, ha facilitado las relaciones cordiales entre personas de religiones diferentes; ha hecho universales la ciencia y el arte, ha coordinado los intereses y ha abierto infinitas posibilidades por medio de la civilización y la cultura para la vida en común de las personas y los pueblos en un porvenir que habrá de ser el de toda la humanidad.

No podemos perder esta oportunidad. Con nuestra obra ocurre lo mismo que con todas las realizaciones de la humanidad: se necesita más paciencia, más prudencia y más constancia para rematarlas que para iniciarlas.

Tal es la tarea de esta Asamblea. Los conflictos que caracterizan a este período posterior a la guerra, pueden y deben ser decididos por ideas, jamás por la fuerza de las armas. No podemos creer en un mundo de pueblos suicidas. El problema, por lo tanto, en este momento, consiste en inspirar a todos los pueblos y a todos los hombres de todas las regiones del mundo una confianza total en nuestra Organización. Sólo así podremos impedir que se armen para la guerra y educarlos para la concordia y la paz.

Este es el propósito de las Naciones Unidas y la razón de su existencia. Para eso estamos reunidos aquí hoy. Nunca, en el curso de la historia, se habían reunido tantas fuerzas materiales y espirituales consagradas a una misión de tanta magnitud. Nuestra finalidad no es mantener la paz por medio del equilibrio político, sino promover todas las medidas y adoptar todas las iniciativas capaces de evitar que se recurra a la guerra para resolver los problemas y para gobernar la vida misma de la humanidad. Esta no es meramente una organización política. No es un simple pacto entre las naciones, sino una empresa del espíritu y el sentimiento humanos. De aquí emanan enseñanzas, exposiciones de doctrina y, sobre todo, fe en que los pueblos puedan llegar a conocerse y a confiar unos en otros en la plena inteligencia de su destino común.

Aquí los pueblos traen sus dudas, diferencias y conflictos para tratar de encontrar su solución. Casi todos estos problemas son antiquísimos y aparentemente insolubles, algunos otros son el resultado de la complejidad creciente de los problemas económicos y sociales de hoy.

No sé de ningún llamamiento más importante hecho a la prudencia y a la inteligencia humanas y a la buena voluntad de los gobiernos y pueblos del mundo. Sin embargo, el llamamiento tiene que ser escuchado para que el mundo no perezca.

Estoy convencido de que la razón, que domina ya una gran parte del mundo, facilitará finalmente las tareas de la paz. Llegará un tiempo en que las resistencias cesarán y nuevas concepciones surgirán de esta Organización, que podrán conciliar los antagonismos existentes entre ciertos pueblos.

No hay conflictos eternos en la experiencia humana. La guerra no puede ser permanente y la

paz no ha logrado permanencia todavía. La vida, sin embargo, es una serie continua de dominaciones; la coexistencia es una necesidad creciente; la libertad, una condición inevitable; la democracia, un imperativo cultural y civilizador. El mundo mejora sin cesar y ha de continuar haciéndolo. Seguramente la paz ha de surgir de esta misma condición de evolución material y moral. Admito, sin embargo, que puede sufrir impedimentos y que puede, por consiguiente, ser retardada. La función de las Naciones Unidas no es sólo impedir tales impedimentos, sino también promover la coherencia y cooperación necesarias para la comunidad mundial.

En este momento hay pueblos victoriosos y pueblos vencidos, pero a casi todos los agobia la pobreza y el temor. La paz, en las regiones ocupadas, no es más que una condición militar, al paso, que, en los países ocupantes, está embargada por las restricciones y la amenaza de grandes fuerzas militares que aun no han sido licenciadas. En el orden económico, la vida de Europa es una tragedia, y en el orden militar, una perpetua incertidumbre. En Asia, el flujo de sangre producido por la guerra aún no ha menguado. Sólo América continúa siendo el continente de la paz.

Sin embargo, las fuerzas políticas no son las únicas que han de decidir el porvenir del mundo. No creo, por cierto, que el mundo del porvenir tendrá como cimientos las fuerzas militares de los Estados. Estamos convencidos de que otros factores, económicos, sociales y culturales, han de predominar al fin. Ni las alianzas, ni las coaliciones han de seguir siendo la clave del equilibrio europeo o mundial. No habrá más naciones "automatas". El mundo de hoy es más prudente y más positivista, más ilustrado y más dueño de sus destinos.

Es cierto que esta conciencia no está igualmente desarrollada en todas partes y entre todos los pueblos. Por lo tanto, la obra de las Naciones Unidas deberá basarse cada vez más en los principios en que se inspiran los pueblos, así como en la conciencia de los hombres, y en la confianza en esta institución y en los principios y propósitos de nuestra Carta.

Puede argüirse que hay regiones inaccesibles a estas ideas. La naturaleza de los pueblos puede compararse a las capas geológicas. No hay formaciones tan duras que no puedan ser penetradas por las máquinas modernas creadas por el hombre, capaces de perforar el granito más duro con mayor facilidad que la experimentada por nuestros antepasados en la construcción de carreteras. Las ideas son más poderosas que las máquinas. La resistencia moral es aún mayor que la resistencia material, pero la inteligencia humana y la necesidad que tienen los hombres de coexistir pacíficamente es todavía mayor. Estas fuerzas, que son ciertamente las mayores que existen en el mundo, habrán de superar con el tiempo todos los obstáculos, todas las barreras y todas las resistencias, y habrán de producir la reconciliación de las exigencias materiales y morales de los pueblos.

Es de suponer que los próximos 10 años habrán de ser un período de dudas e inseguridad. Será una era inevitable de convalecencia después de la más grave de las epidemias. Podrá parecer que la enfermedad está arraigada permanentemente en el organismo y que la mejoría es impo-

sible. La vida moral parecerá declinar y las fuerzas espirituales del hombre parecerán confusas y débiles. Una atmósfera de desilusión minará la fe y la esperanza de los seres humanos y la energía de los pueblos. Todos los males, materiales y morales, se agravarán y la fuerza vital de la humanidad será presa de ellos.

Pero esta Organización ha surgido precisamente del conocimiento de que esos males y de que tal catástrofe deben ser superados.

La idea de la paz no fué derrotada en los campos de batalla, ni podrá ser debilitada en nuestros consejos.

La resistencia a una plena comprensión de la necesidad de que haya paz reside sólo en los procedimientos y los métodos que se han de emplear para lograrla. Nuestra tarea consiste en conciliar estas distintas actitudes respecto al objetivo común, ya aceptado por todos nosotros.

Todos deseamos la paz. Pero no existe más que un camino que conduzca a ella, y es el que todos debemos seguir. La paz es una e indivisible. El trabajo comenzado en San Francisco debe culminar en Nueva York, aquí, en las Naciones Unidas. Para nosotros no hay dilema ni posibilidad de escoger.

Nuestra misión es clara e irrefutable. El mundo, cuyos representantes están reunidos aquí, sólo puede encontrarse dividido por la falta de comprensión entre los hombres, por los errores de los Gobiernos o por nuestra incapacidad para hacer lo que el mundo espera de nosotros. La humanidad ha tenido siempre, natural e históricamente, hacia la unidad y la solidaridad.

Esta es, pues, la tarea que tenemos que emprender. Debemos proseguirla con una plena comprensión de las responsabilidades que ella implica y con una determinación nacida del deseo de sobrevivir.

Al abandonar la Presidencia, que he tenido el honor de ocupar en virtud de un voto casi unánime de las Naciones Unidas, deseo reafirmar ante Vds., junto con mi gratitud por la confianza que Vds. se han servido dispensarme, mi fe en esta Organización y en sus principios. También deseo que Vds. queden convencidos de que las naciones que traten de actuar fuera de las Naciones Unidas estarán actuando más en pro de la guerra que en pro de la paz.

Tengo ahora el honor de presentarles al señor William O'Dwyer, Alcalde de la ciudad de Nueva York. Me es grato, en esta ocasión, ser el portavoz de todos Vds. al dar las gracias al señor O'Dwyer por la ayuda que se ha servido prestarnos en la solución de los numerosos problemas relacionados con la instalación de las Naciones Unidas en Nueva York. Con el mayor interés se ha ocupado de todos los problemas que le han sido sometidos. En verdad, sin su profundo interés personal en nuestro trabajo, no habríamos podido resolver algunas de nuestras mayores dificultades. Saludamos en él a un sincero y devoto amigo de las Naciones Unidas.

2. Discurso del Alcalde de la Ciudad de Nueva York

Sr. William O'Dwyer (Alcalde de la ciudad de Nueva York) (*traducido del inglés*): Es para mí un gran honor, un motivo de honda satisfac-

ción, dar la bienvenida a las Naciones Unidas en nombre de la ciudad de Nueva York. En pocas palabras deseo hacerles sentir la inmensa buena voluntad con que son consideradas las Naciones Unidas en este país, del cual forma parte nuestra ciudad. Es un sentimiento tan profundo y tan fuerte, que la superficie puede en muchos casos ocultar su fuerza.

Nosotros, los americanos de los Estados Unidos, apreciamos el valor del espíritu de los iniciadores. Ese espíritu no lucha hoy por sobrevivir en medio de las fuerzas de la naturaleza, sino en medio de las fuerzas primitivas de las relaciones humanas y su esfuerzo despierta un eco muy profundo en nuestro pueblo.

Los creadores de nuestro país, Washington, Franklin, Jefferson, Madison, que trazaron las normas fundamentales de nuestra civilización, nos legaron conceptos que prepararon el advenimiento de las Naciones Unidas. Nos legaron el concepto de la dignidad inherente al hombre, el de la fraternidad natural entre todos los hombres, sea cual fuere su clase y su raza, y el del derecho de las pequeñas naciones, a vivir en paz, con honor y con seguridad al lado de sus grandes vecinos.

Estos conceptos, que permanecen intactos en la gran masa del pueblo de nuestro país, forman la base de la Carta de las Naciones Unidas.

Aquellos de nosotros que hemos pasado por dos guerras, y que hemos visto, después de cada una de ellas, cómo nos hemos olvidado de extinguir los focos de incendio capaces de originar una nueva conflagración, sentimos más que cualquier otra generación, la urgencia de encontrar una solución que asegure la paz. Ninguna otra generación pagó un precio tan alto como el que pagamos nosotros por los errores diplomáticos que precedieron a esas dos guerras mundiales. Ninguna otra generación ha pagado un precio tan elevado en sangre y en sufrimientos. Ninguna otra generación ha visto arrasadas tantas realizaciones humanas. Ninguna otra generación ha vivido con tanto temor de asistir al fin del mundo que nosotros conocemos.

Tan claramente percibimos esa urgencia, que sentimos una impaciencia apasionada por ver fructificar los esfuerzos de Vds. en un mundo seguro y racional, y que ofrezca a todos los habitantes de la tierra incentivos de vida más nobles. Nuestra vehemencia nos hace ser impacientes e inquietos, y a veces enturbia nuestra visión, pero, en el fondo de nuestros corazones, sabemos que las Naciones Unidas son la mejor esperanza de la humanidad en el mundo perturbado de hoy, y que del éxito que Vds. tengan depende el porvenir de cada uno de nosotros.

Estoy orgulloso de que la ciudad de Nueva York tenga el privilegio de acoger a la noble empresa de las Naciones Unidas. Yo desearía que el ámbito de este hogar de Vds. fuera menos restringido de lo que es, a causa de las inevitables limitaciones geográficas de nuestra ciudad. Pero, dentro de esas limitaciones, no hay problema relacionado con la seguridad, la comodidad y la conveniencia de Vds. que yo no considere como un problema mío. Nosotros estimamos como un honor tenerlos como huéspedes, y queremos ofrecerles toda la ayuda que podamos suministrarles para permitirles realizar con comodidad su importante tarea. Confío en que los arquitectos de Vds. y nuestros urbanistas aunarán sus esfuerzos para

que el hogar permanente de las Naciones Unidas sea algo verdaderamente único, como instrumento de trabajo y como obra de arte. Mis colaboradores y yo nos sentiremos orgullosos de prestar nuestra ayuda para hacer de las Naciones Unidas una realidad permanente y duradera.

Que Dios les bendiga y guíe sus pasos.

3. Nombramiento de la Comisión de Verificación de Poderes

El PRESIDENTE PROVISIONAL (*traducido del inglés*): En conformidad con el artículo 23 del reglamento, deberá establecerse una Comisión de Verificación de Poderes al comienzo de cada período de sesiones. La Comisión debe componerse de nueve miembros, nombrados por la Asamblea General por recomendación del Presidente.

Propongo, por lo tanto, que la Comisión esté compuesta de los siguientes miembros: Checoslovaquia, Chile, Honduras, Irán, Noruega, Nueva Zelandia, Polonia, el Reino Unido y Siam. En vista de que no se presentan objeciones, queda aprobada la proposición.

Las credenciales serán entregadas a la Comisión y ésta informará, lo más pronto posible esta tarde, a la Asamblea General reunida en sesión plenaria.

Vamos a levantar esta sesión. Volveremos a reunirnos a las 14.30 horas de hoy, para examinar el informe de la Comisión de Verificación de Poderes. Procederemos entonces a elegir al Presidente y a otras elecciones.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión a las 11.42 horas.

81a. SESION PLENARIA

*Celebrada en Flushing Meadow, Nueva York,
el martes 16 de septiembre de 1947, a las 14.30 horas*

Presidente Provisional: Sr. O. ARANHA (Brasil).

El PRESIDENTE PROVISIONAL (*traducido del inglés*): Declaro abierta la 81a. sesión de la Asamblea General.

4. Informe de la Comisión de Verificación de Poderes

Sr. ADL (Irán) (*traducido del francés*): La Comisión de Verificación de Poderes, establecida por la Asamblea General en su segundo período ordinario de sesiones, en la sesión celebrada el 16 de septiembre de 1947 en Flushing Meadow, para informar respecto de los poderes de los representantes, se reunió el 16 de septiembre de 1947, bajo mi presidencia.

La Comisión estaba compuesta de los representantes de Bolivia,¹ Checoslovaquia, Honduras, Irán, Noruega, Nueva Zelandia, Polonia, el Reino Unido y Siam.

La Comisión examinó los documentos de los 55 Estados Miembros, que le fueron sometidos por la Secretaría. Comprobó que las credenciales de los representantes de los Gobiernos de 35 Estados Miembros satisfacían plenamente las disposiciones del artículo 20 del reglamento provisional de la Asamblea General, a saber: Argentina, Australia, Canadá, Cuba, Checoslovaquia, Chile, Dinamarca, Egipto, El Salvador, Estados Unidos de América, Filipinas, Francia, Guatemala, Haití, Honduras, India, Irak, Irán, Liberia, Luxemburgo, México, Nicaragua, Noruega, Nueva Zelandia, Países Bajos, Reino Unido, República Dominicana, República Socialista Soviética de Ucrania, Siam, Suecia, Turquía, Unión Sudafricana, Uruguay, Venezuela, Yugoslavia.

Quince Estados Miembros presentaron credenciales provisionales, a saber: Afganistán, Bélgica, Bolivia, Brasil, Costa Rica, China, Ecuador, Grecia, Panamá, Paraguay, Perú, Polonia, República Socialista Soviética de Bielorrusia, Siria y Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

¹ Con la autorización del Presidente Provisional, Bolivia reemplazó a Chile en la Comisión.

Los siguientes Estados no presentaron credenciales: Arabia Saudita, Colombia, Etiopía, Islandia, el Líbano; sus delegaciones nos han informado que esos documentos han sido expedidos.

La Comisión examinará, en el momento oportuno, las credenciales definitivas de los representantes de los Estados enumerados anteriormente, que han presentado credenciales provisionales, y examinará también las credenciales que todavía no han llegado. La Comisión propone que, entretanto, estos representantes asistan provisionalmente con los mismos derechos que los demás.

El PRESIDENTE PROVISIONAL (*traducido del inglés*): En vista de que no hay objeciones al informe de la Comisión de Verificación de Poderes, se considera aprobado.

5. Elección del Presidente del segundo período de sesiones

El PRESIDENTE PROVISIONAL (*traducido del inglés*): La Asamblea procederá ahora a la elección de un Presidente que presidirá sus deliberaciones durante este período de sesiones. De acuerdo con el artículo 26 del reglamento provisional, el Presidente continuará en funciones hasta el fin del período de sesiones en que es elegido. De acuerdo con el artículo 82, la elección se realizará por voto secreto. Las cédulas van a ser distribuidas ahora y se ruega a los Miembros que escriban en ellas el nombre del candidato elegido por ellos para el cargo de Presidente:

A invitación del Presidente Provisional, el Sr. Hagglof (Suecia) y el Sr. Entezam (Irán) actúan como escrutadores.

Se procede a votación secreta. Toman parte en ella 55 Miembros, que emiten 55 votos válidos. Para ser elegido se necesita una mayoría simple de 28 votos.